



# amarillo

Ivonne Lara Navarro

**Y**a no quedan palabras sagradas sobre las bocas fósiles, aquí termina la esperanza y comienza la resignación.

La escena transcurre imparable, quietud inapropiada para momentos tan ásperos que duele citar.

Tiempos confusos girando el cuello sobre su propio eje desde el exilio. Noches cansadas con lluvias irregulares, raquíticas.

(Se extingue la vista con discreción)

Un canasto arrojado a su suerte frente a la puerta, un canasto en que dormitaba el frío, recién venido al mundo.

Recordé que la muerte llegó del mismo modo: la muerte niña, que mamó y bramó del mismo seno desteñido en que después engendró finales mal apiñados; tragedias estáticas, como actos fatales; tragedias masoquistas, embriagadas de dolor; tragedias ponzoñosas que supuraban y bebían del mismo tarro; tragedias asqueadas de su propia tragedia, del amarillo verduzco que teñía sus rostros y las palmas de sus manos.

Quise asesinar con mis manos la tragedia.

Quise asesinar con mis manos al insomnio.

Quise asesinar con mis manos su recuerdo.

Ella era la luz de la antorcha encendida en el invierno tardío, era

la nieve que el calor volvió incorpórea y volátil, era el brillo que nace en el rabillo morado del ojo que espía de cerca a la desdicha, era las alas de la mosca que se juraba hembra por tener el abdomen café, y un par de secretos oscuros guardados dentro de un frasco.

Ella era el impulso y la indiferencia, era un instinto suicida y un par de plumas flotando sobre el agua. Era el cabello negro que caía sobre su hombro derecho y un susurro lejano llegando a oídos de Elisa. Era una copa de cicuta bebida de fondo para calmar los nervios.

Del recuerdo sólo las heridas quedan. Heridas como mártiresacrónicos llegando tarde a la resurrección; el mismo despunte del alba comiéndonos los ojos desde distintas páginas, el mismo libro mal escrito en que vertimos desperdicios y gusanos asqueados que se retorcían, exangües, en su propio vómito amarillo. Amarillo, siempre amarillo; el puto amarillo manchándolo todo, asomándose detrás de cada cornisa, sugiriéndose a sí mismo entre luces y reflejos. El puto amarillo que escarba entre huesos ya secos, que se pega la boca y produce arcadas, que huele a decadencia e incertidumbre.

Ella era la copa de los árboles lanzando luciérnagas amarillas por el bosque. Era el último pensamiento cálido antes de caer en la locura.